

HAY UN MUNDO EN OTRA PARTE (MAPA DE LAS LENGUAS)

Gonzalo Maier

UN AÑO MÁS O MENOS LARGO

Me enteré de las gallinas al día siguiente, muy temprano por la mañana.

Fue de golpe, no las esperaba, aunque lo cierto es que no esperaba nada. Estaba agotado después de una mudanza e incluso algo confundido tras volver de improviso a Santiago. Hasta hace unos días vivía afuera, y me había acostumbrado a estar muy lejos, pero de pronto había vuelto y estaba demasiado cerca. No sabría explicarlo de otro modo. Entonces, las oí cacarear.

Eran casi las cinco de la mañana y gritaban fascinadas, supongo, porque otro día acababa de comenzar. Afuera ni siquiera había salido el sol y adentro del departamento literalmente no había nada —el contenedor con nuestras cosas iba en la cubierta del Bodo Schulte, a quince nudos por hora, según una página de internet que la empresa de mudanzas recomendó consultar— y yo no tenía una cafetera o libros como para hacer algo a esas horas de la mañana —ni siquiera tenía por qué estar despierto, pero una vez que abro los ojos no puedo volver a cerrarlos—, así que me levanté de la cama inflable y en calzoncillos miré por la ventana hacia la casa de la vecina para descubrir que en su patio trasero no tenía un par de gallinas sino un gallinero en toda regla.

Era verano en Ñuñoa y a pocos metros estaba la avenida Irarrázaval, que en un par de horas estaría llena de micros y de señoras vendiendo humitas o bolsas con ensaladas de apio. Esa calle, supuestamente trazada hace un montón de años por los incas, cuando el barrio todavía se llamaba Ñuño hue y era parte del Tahuantinsuyu, es una línea recta llena de tiendas, que sube hasta perderse en los faldeos de la cordillera y que de seguro no tuvo ni tendrá tiempos mejores. En cualquier caso, y pese al exceso de cemento, a una o dos cuadras estaban las gallinas haciendo caso omiso de la vida urbana y de las buenas costumbres que uno exigiría a esas horas de la mañana.

Cuando arrendé el departamento no me di cuenta. En realidad, solo escuché que el dueño no pedía la montaña habitual de papeles —que yo no tenía ni pensaba tener— y asentí como un niño ansioso y dispuesto a recibir lo q